

— Por mí, corriente : cuidaréis de mi ropa blanca, y yo encerraré y lustraré el pavimento de vuestro piso, y además vos me despertaréis temprano.

— ¿ Y creéis que se acabó con eso vuestra obligación ?

— ¿ Pues qué falta ?

— Tenéis que llevarme el domingo á pasear por los Boulevares. Ese es el único día que yo tengo de recreo.

— Bueno, bueno ; y en el verano iremos al campo.

— No, la campiña me fastidia, no me gusta nada más que París ; y sin embargo tiempos atrás, por pura condescendencia, fui algunas veces á Saint-Germain con una de mis compañeras de cárcel, á la cual llamaban la Cantaora porque siempre estaba cantando ; y á fe que era muy buena muchacha.

— ¿ Y qué ha sido de ella ?

— No lo sé : gastaba el dinero recogido en la cárcel sin trazas de divertirse mucho, porque siempre estaba triste, aunque por otra parte era muy buena y caritativa. Cuando íbamos al campo yo aun no tenía trabajo, y apenas lo tuve ya no quise salir de casa ; y aunque le di las señas de ella nunca ha venido á verme, por cuya razón creo que debe de estar ocupada. Digo todo esto para que sepáis que á mí no me gusta sino París ; y así los domingos que podáis, me llevaréis á comer á la fonda, y algunas veces al teatro, y si os falta dinero á ver las tiendas de las principales calles, que me divierte casi lo mismo. Pero no tengáis cuidado, que no os deslucirá mi compañía : Veréis que bien me vestiré con la ropa que no me pongo más que los domingos, y me va que ni pintada. Tengo también un sombrero guarnecido de encaje, con cintas de color de naranja que casa bien con mis cabellos negros, botas expresamente hechas para mí, y un chal de seda que parece de cachemira ; yo aseguro que más de una vez se volverán para mirarnos. Los hombres dirán : ¡ canario, y qué linda es esa muchacha ! y las mujeres : ¡ vaya un garbo el de ese hombre ! tiene un aire muy noble, y ese bigotillo le está perfectamente. Y yo seré del parecer de esas mujeres, porque me muero por los bigotes. Por desgracia Mr. Germán no los llevaba, porque en su oficina no se permitía : Mr. Cabrión, sí, pero eran rojos lo mismo que su larga barba, y á mí no me gustan esas barbas grandes ; y además hacía el tuno por esas calles, y atormentaba demasiado al pobre Mr. Pipelet. Mr. Girandéau, que fué el antecesor de Cabrión, tenía muy buena apostura, pero era vizco. Al principio eso me incomodaba mucho, porque siempre me parecía que miraba á otros, y sin pensarlo me volvía para ver á quien... y no pudo la modista acabar la frase, porque se moría de risa.

Rodolfo escuchaba con mucho gusto tanta palabrería, y se preguntaba á sí mismo por tercera ó cuarta vez lo que debía pensar de la virtud de Alegría. Unas veces su misma franqueza y el recuerdo del cerrojo de su puerta le hacían creer que estimaba á sus vecinos como hermanos ó como camaradas, y que

Mad. Pipelet la había calumniado : otras veces se reía al pensar en su credulidad juzgando cuán poco probable era que una muchacha tan joven, tan bonita y tan abandonada, se hubiese librado del seductor empeño de Girandéau, de Cabrión y de Germán ; y entre tanto la franqueza y la original familiaridad de la modista despertaban en él nuevas dudas.

— Me alegro, vecina, continuó Rodolfo, de que dispongáis de mí para los domingos, y contad desde ahora con que haremos muy divertidos paseos.

— Pero habéis de saber, señor derrochador, que yo regularé los gastos. En verano podremos comer bien, perfectamente, por tres francos en la *Chartreuse* ó en el *Ermitage-Montmartre*, luego media docena de contradanzas ó de valsos, y cuatro vueltas en los caballitos de madera, cosa que me gusta muchísimo, y todo ello costará cinco francos, ni un sueldo más.

— ¿ Valsáis ?

— Perfectamente.

— Sea enhorabuena.

— Mr. Cabrión me pisaba siempre y luego por broma arrojaba petardos, con lo cual llegó el día que no quisieron admitirnos más en la *Chartreuse*.

— Os prometo que no haré ninguna de esas tonterías, y que no nos echarán de ninguna parte ; pero en el invierno ¿ qué haremos ?

— Lo mismo, con la diferencia de comer más barato á fin de que podamos ir al teatro ; porque el caso es que yo no quiero que gastéis más de cinco francos, que ya es bastante : pero á vos solo se os irían más en el café y en el billar en compañía de esos calaveras que huelen á pipa y á tabacazo malo á una legua ; y luego que vale más pasar alegrementemente el día con una amiga que se ríe siempre y que aun encontrará medio de que economicéis alguna cosa haciéndoos los dobladillos en los pañuelos y corbatines, y cuidándoos el cuarto.

— Es una ganancia conocida : no hay sino que si mis amigos me encuentran por ahí con mi linda compañera del brazo...

— ¡ Y bien ! entonces dirán : no va del todo mal acompañado ese diablo de Rodolfo.

— ¿ Cómo sabéis mi nombre ?

— Cuando me dijeron que el cuarto del lado estaba alquilado, pregunté á quién.

— Sí, sí, dirán que soy feliz y me tendrán envidia.

— Tanto mejor.

— Ellos me creerán feliz.

— Mejor todavía.

— ¿ Y si no lo soy tanto ?

— ¿ Y qué importa con tal que lo crean ? Á los hombres esto les basta.

— ¿ Y vuestra reputación ?

— ¡ La reputación de una modista ! exclamó Alegria soltando una fuerte carcajada ; ¿ hay acaso quién crea en esas cosas ? Si tuviere padres ó hermanos pensaría en el qué dirán, por ellos ; pero ahora soy sola y es cuenta mía.

— Pero yo seré muy desgraciado.

— ¿ Y por qué ?

— Porque creerán que soy dichoso, mientras que al contrario, mi amor será á poca diferencia como vuestras comidas en casa de papá Cretú en que acompañabais el pan seco con la lectura de un libro de cocina.

— ¡ Ya os acostumbraréis á todo, porque yo seré con vos tan amable, tan reconocida y tan poco incómoda, que diréis : lo mismo tiene pasar el domingo con ella que con un camarada. Si en las veladas de entre semana estáis libre y no os molesta venir las á pasar conmigo, os aprovecharéis de mi fuego y de mi luz, y me leeréis alguna novela. Esto vale á lo menos tanto como perder el dinero en el billar ; mas si estáis ocupado hasta muy tarde en casa de vuestro principal, ó preferis ir al café, al volver á casa me daréis las buenas noches si es que no duermo. Si estoy acostada, á la mañana siguiente os daré los buenos días al través de la puerta á fin de despertaros. Mr. Germán, mi último vecino, pasó todas las noches en mi casa de este modo sin fastidiarse nunca, y me leyó todas las novelas de Walter Scott. Algunos domingos cuando el tiempo estaba malo, en vez de salir é ir al teatro, iba a comprar alguna cosa ; hacíamos una especie de merienda en mi cuarto y luego leíamos. Esto nos divertía tanto como el teatro ; os lo digo para que veáis que es fácil contentarme y que hago todo lo que se quiere. Y vos que habláis de estar enfermo, si acaso lo estuviereis, yo soy la mejor hermana de la caridad que podéis figuraros. Preguntádselo a la familia de Morel. Os aseguro, Mr. Rodolfo, que no sabéis cuánta es vuestra felicidad. El tenerme á mí por vecina es como el premio gordo de la lotería.

— Es verdad : toda mi vida he sido feliz ; pero á propósito de Mr. Germán, ¿ en dónde está ahora ?

— Creo que en París.

— ¿ Pues qué, no le veis ?

— Desde que se fué de casa no ha venido.

— ¿ Pero en dónde vive ? ¿ qué hace ?

— ¿ Á qué vienen estas preguntas, vecino ?

— Porque tengo celos de él, y quisiera...

— ¡ Celos ! exclamó la joven riéndose, pues no hay por qué, ¡ pobre muchacho !

— Formalmente hablando, vecina mía, tengo un interés grandísimo en encontrar á Mr. Germán ; vos sabéis en donde vive, y creo que debéis creerme incapaz de abusar de ese secreto si me le confiáis : os lo juro por el interés del mismo Germán.

— Pues hablando de veras, vecino mío, creo que podéis querer muchísimo á Germán, pero me hizo prometer que no diría á nadie en donde vive, y puesto que no os lo digo á vos, debéis pensar que es imposible, sin que por esto os incomodéis conmigo, pues si vos me hubieseis confiado un secreto, creo que no os disgustaría ver que obro de esta manera.

— Pero...

— Os repito que me hagáis el favor de no hablarme más de eso : prometí y cumpliré, y por mucho que me digáis, siempre repetiré lo mismo.

Pronunció Alegria estas palabras con acento tan firme, que Rodolfo hubo de comprender con no poco sentimiento suyo, que sería difícil alcanzar de ella lo que deseaba. Resístiasele valerse de un engaño para sorprender la confianza de la modista, y por lo mismo resolvió esperar, y repuso jovialmente : No hablemos más, vecina ; veo que guardáis tan bien los secretos ajenos, que no me admira que reservéis los vuestros.

— ¡ Yo secretos ! Mucho que me gustaría tenerlos, porque deben ser cosa agradable.

— ¡ Cómo ! ¿ No tenéis ningún secretillo de corazón ?

¿ No habéis amado nunca ? preguntó Rodolfo mirando de hito en hito á la joven á fin de adivinar la verdad.

— ¡ Cómo es eso de no haber amado ! ¿ Pues y Mr. Girandeu ? ¿ Y Mr. Cabrión ? ¿ Y Mr. Germán ? ¿ Y vos ?

— ¿ No los habéis amado más que á mí y de otro modo que á mí ?

— De veras que no, y quizás menos ; porque me fué preciso acostumbrarme á los ojos vizcos del primero, á las farsas del segundo y á la tristeza del tercero, cuando vos me habéis gustado en todo y por todo.

— Os ruego, vecina, que no os incomodéis ; pero voy á hablaros como un verdadero camarada.

— Decid, decid, yo tengo buen carácter, y además vos sois tan bueno, que estoy segura de que no tendréis corazón para decirme cosa que me cause pena.

— Es cierto ; pero hablando francamente, ¿ nunca habéis tenido amantes ?

— ¿ Amantes ? ¿ acaso me sobra el tiempo para eso ?

— ¿ Qué importa el tiempo para amar ?

— Mucho. En primer lugar sería muy celosa, y mi corazón sufriría mucho, y bien veis que no gano bastante para perder dos ó tres horas diarias llorando y desconsolándome ; y luego si me engañasen ; qué de lágrimas y de tristezas ! Claro está que todo esto me atrasaría mucho.

— Pero no todos los amantes son infieles, ni hacen llorar á sus queridas.

— Si fuese muy amable, tanto peor, porque yo no sabría estar un momento sin él ; y como es natural que tuviese que pasar el día en el escritorio, en el

taller ó en la tienda, yo estaría como alma en pena, me forjaría mil quimeras, me figuraría que pasaba el tiempo al lado de otras mujeres, ¡ qué se yo! y si me abandonase, ¿ que os parece? Además ¡ puedo adivinar yo lo que me sucedería! lo que hay de seguro es que mi labor se quedaría atrás, ¿ y entonces qué sería de mí? Estando tranquila necesito trabajar doce ó quince horas diarias para no atrasarme, y si cada semana perdiese tres ó cuatro días dándome malos ratos, sería imposible recobrar ese tiempo, y no habría más remedio que ponerme á trabajar en alguna casa, y esto no quiero hacerlo de ningún modo, porque mi libertad es lo que más aprecio.

— ¿ Vuestra libertad?

— Sí, podría entrar como primera oficiala en casa de la modista y ganaría cuatrocientos francos anuales, amen de casa y comida.

— ¿ Y no aceptáis?

— De ningún modo, porque estaría asalariada en casa ajena, y ahora por muy pobre que sea, al fin estoy en mi casa, no debo nada á nadie, tengo ánimo, salud, alegría, y un buen vecino como vos; ¿ qué me falta pues?

— ¿ Y no habéis pensado nunca en casaros?

— ¡ Casarme! no puedo hacerlo sino con un pobre como yo: mirad á la familia de Morel, y veréis las consecuencias de esos casamientos, mientras que cuando una no tiene que pensar más que en sí misma, de un modo ú otro se sale adelante.

— Es decir que nunca hacéis castillos en el aire.

— Sí, pienso en los adornos de la chimenea; y á parte de esto, ¿ qué queréis que yo desee?

— Pero si algún pariente os hubiese dejado una fortunilla, pongo por ejemplo, 1200 francos de renta siendo así que vivís con 500...?

— ¡ Toma! eso podría ser un bien, ó tal vez un mal.

— ¿ Un mal?

— Soy feliz como estoy, sé la vida que llevo, y no sé la que llevaría si fuese rica. Cuando después de trabajar mucho durante todo el día, me acuesto por la noche, apago la lámpara, y al resplandor de las pocas brasas que quedan en mi estufa, veo el cuarto bien limpio, las cortinas, la cómoda, las sillas, los pájaros, el reloj y la mesa llena de labores que me han encargado, me digo á mí misma: todo esto es mío y no se lo debo á nadie sino á mí: Entonces os aseguro que me siento gozosa y algunas veces me duermo casi con orgullo. Si fuese lo que vos decís, debería mi casa al dinero de un pariente viejo, y estoy segura de que eso no me gustaría tanto..... Pero mirad, ya estamos en el Templo

¿ No es verdad que ofrece un hermoso golpe de vista?



Un vasto edificio circular, colosal rotonda rodeada de una galería.